

EL DESMANTELAMIENTO DEL SOCIALISMO*

Václav Klaus

LA REPÚBLICA CHECA Y SU INTEGRACIÓN A LAS ESTRUCTURAS
POLÍTICAS, DE SEGURIDAD Y ECONÓMICAS DE EUROPA**

Al referirme a nuestra integración a las instituciones europeas, parto del supuesto de que nuestro país es y ha sido siempre parte de Europa. No queremos vernos privados de las ventajas derivadas de pertenecer a las instituciones europeas y, en consecuencia, anhelamos incorporarnos a ellas tan pronto como sea posible. En cierto sentido, ello fue sintetizado hace cuatro años, durante la llamada “revolución de terciopelo”, en el eslogan: “Volver a Europa”. Nos resistimos con firmeza a la idea de crear una institución especial, de carácter intermedio, sólo para la Europa central o del este. Incluso el término *Visegrad countries* —empleado más frecuentemente en el extranjero que en nuestros países— tiene un significado muy limitado para quienes vivimos cuarenta años bajo un régimen comunista irracional y opresivo y en el seno de una integración económica mutuamente debilitante llamada Comecon, para no mencionar el Pacto de Varsovia.

* Selección de escritos y conferencias dictadas en los últimos cuatro años por el actual Primer Ministro de la República Checa, señor Václav Klaus.

** Discurso pronunciado en CARI, Buenos Aires, el 18 de abril de 1994. Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

Compartimos los mismos valores europeos que nuestros vecinos occidentales, así como creemos también en la importancia que supone un proceso de integración europea. Es un punto de partida incuestionable y natural de la política exterior checa. Así y todo, cuando digo que estamos preparados para una integración europea razonable, no me refiero a una unificación en términos absolutos.

Analicemos brevemente la razón por la que enfatizo esta diferencia entre Europa y las instituciones europeas, y también la diferencia entre integración y unificación.

Existen, cuando menos, tres razones para ello:

1. El régimen comunista no fue llevadero y hubo muchas cosas que perdimos bajo él. Estamos intentando dejar de lado el legado comunista tan rápido como nos sea posible y, en este sentido, debo manifestar que la República Checa lo está consiguiendo en forma más acelerada que ningún otro país ex comunista. Hemos arribado a lo que yo mismo he denominado la “fase temprana de la post-transformación”, una vez realizadas ya las principales tareas transformadoras:

- Un sistema tradicional de partidos políticos en el marco de una democracia parlamentaria de carácter pluralista.
- Un consenso político y social básicos en lo que respecta a los objetivos, estrategias y frutos de la transformación.
- Una economía de mercado (sin adjetivos); un proceso exitoso de privatizaciones; estabilización macroeconómica y una desregulación y liberalización generalizadas.

Habíamos vivido oprimidos a nivel individual (y no creo necesario analizar esto ahora) y también como país. Bajo la bandera del internacionalismo proletario perdimos nuestra identidad nacional (y nuestro Estado nacional) y nos encontramos ahora en un proceso de redefinirla, de reformular nuestro Estado y nuestros intereses nacionales. La mayoría de los países centroeuropeos y de la Europa del este dieron un salto hacia el comunismo (o cayeron bajo él), en forma más o menos directa, tras el colapso de tres grandes imperios supranacionales (el imperio austríaco, el otomano y el ruso). En consecuencia, las naciones post-comunistas se enfrentan hoy a una doble tarea: la de encontrar su propia identidad y la de no perder el rumbo que conduce directamente a Europa. Y es a raíz de esta doble y muy ardua tarea que prefiero la idea de una “integración”

entre los diversos Estados (y nacionalidades) europeos antes que la de “unificación” de todos los ciudadanos de Europa en un Estado federado.

2. El problema tiene a su vez una dimensión ideológica. Creo firmemente que el éxito de Europa depende de la calidad y estructuras de sus sistemas políticos, sociales y económicos, y no de la existencia, alcance y actividad de instituciones europeas multilaterales. El éxito de todos nosotros depende del grado de libertad de que disfrutemos, del grado de libertad de mercado y del libre comercio existentes, de nuestra habilidad para desembarazarnos del intervencionismo estatal innecesario —introducido en una parte de Europa en nombre del socialismo y, en la otra, en nombre del Estado de Bienestar—, de nuestra habilidad para deshacernos de múltiples formas de manipulación burocrática que se ejercen sobre todos nosotros, de nuestra determinación para suprimir el poderoso y amenazante cabildeo del sistema de bienestar y de los grupos económicos de presión, y de nuestra capacidad para consolidar las bases y principios económicos fundamentales.

Las ideas primitivas sobre la integración europea reflejaban el paradigma ideológico imperante durante los dos primeros tercios del siglo XX. Ese período se caracterizó por una pérdida general de la confianza en los frutos positivos de la coordinación no-organizada o de la cooperación de los micro-agentes individuales. Abundaban los defensores de la idea de ejercer alguna forma de control administrativo a nivel mundial, o continental, para complementar el intervencionismo del Estado burocrático a nivel nacional.

Hoy, nuestra percepción del mundo es absolutamente distinta y ella deberá reflejarse tarde o temprano en la modalidad que adopte la integración europea. Cuanto mayor sea nuestra confianza en el mercado, en el libre comercio y en la integración económica, y cuanto menos confiemos en la ingeniería política y el intervencionismo burocrático, más nos inclinaremos hacia una integración económica flexible y menos hacia una unión política rígida.

3. Finalmente, la idea global de Europa no debiera basarse en un rechazo simplista del nacionalismo. Debiéramos considerar la legitimidad de los sentimientos nacionales (no avergonzarnos de ello), y no asumir, así como así, la idea equivocada y falsa de que Europa ha de ser grande, fuerte y unida para sobrevivir a la competencia económica, política y militar del resto del mundo. Europa es “una unidad de varias diversidades” y el intento de unificarla artificialmente haría más daño que bien. Nuestro

primer presidente, T. G. Masaryk, esbozó de un modo claro esta misma idea en 1992:

La tarea de Europa consiste en alcanzar una armonía entre las fuerzas centralizadoras y las fuerzas que tienden a la autonomía. La unidad y la cohesión de Europa dependen de esa armonía.

Europa no es más que el frágil equilibrio de una gran diversidad étnica y cultural. El desafío al que ella se enfrenta en nuestros días es, por tanto, el de conferir a su propia integración la dirección más adecuada y el contenido que le permita resaltar, y no destruir, ese equilibrio. La República Checa querría jugar un papel activo dentro de ella, como un socio confiable en el proceso actual de integración europea. Pero, encontrándome hoy aquí, en Argentina, he de señalar que en los primeros días de nuestra “revolución de terciopelo”, fui uno de los que en lugar de proclamar la necesidad de “volver a Europa”, como hacían mis compatriotas, les recordé que debíamos esforzarnos por volver (o avanzar) hacia al mundo en general. Y es por esa razón que hoy estoy aquí.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE UNA REFORMA SISTÉMICA*

El propósito de mi ponencia en esta oportunidad es decir algunas palabras acerca de las perspectivas de la República Checa, extrayendo las lecciones aprendidas en los tres primeros años de nuestra radical reforma económica. Bastan unas pocas líneas, pues, como bien saben muchos de quienes han observado el proceso de reforma, la República Checa ha venido experimentando la transformación económica y social más acelerada, radical y global del mundo post-comunista.

Aparte de esta transformación económica, nuestro país ha logrado crear un sistema político pluralista. Y en las elecciones parlamentarias del año pasado, el país brindó una mayoría viable a los líderes políticos de tendencia democrática, liberal y de libre mercado. Por todas estas razones, las perspectivas de la República Checa son muy alentadoras, pese al reiterado impacto negativo de factores exógenos y externos, y la situación general del país es estable tanto en términos económicos como sociales.

* Texto del discurso pronunciado en la reunión del Grupo de los Treinta, efectuada en Viena (primavera de 1993). Traducido del inglés por el Centro de Estudios Públicos.

Considerando estos resultados, quisiera analizar ciertas lecciones básicas derivadas de los primeros años de nuestra “revolución de terciopelo”, que pueden ser de interés para otros países en proceso de hacer reformas. La ponencia las agrupa bajo el rótulo de los “Diez mandamientos” para una reforma estructural, fundamental y profunda, o en nuestra terminología predilecta: la reforma sistémica.

1. No existe una solución económica pura

En un cambio tan fundamental como es la transformación de una sociedad entera no puede haber una solución económica pura. Los sueños de los expertos en ingeniería social de llegar a organizar o controlar todo el proceso de una transformación sistémica son equivocados, engañosos y peligrosos. El análisis teórico que sugiere una secuencia óptima de las etapas parciales dentro del proceso de reforma, análisis que suele encontrarse en revistas económicas de gran sofisticación, tiene un interés puramente académico, porque la realidad es y será siempre distinta. Los inevitables retrasos, las presiones políticas y sociales de grupos de interés de los más variados colores, los errores humanos y las complejidades inimaginables de todo el proceso de transformación hacen imposible planificar centralizadamente la génesis e irrupción de una economía de mercado.

2. El papel de la ayuda externa es marginal

El papel de la ayuda externa en el proceso de transformación es, en el mejor de los casos, marginal. En primer lugar, la reforma debe realizarse a nivel interno. En segundo término, hemos llegado a comprender que solicitar ayuda extranjera, en el mundo cada vez más egoísta y proteccionista de la última década del siglo XX, es inútil. Mi experiencia diaria con las ambigüedades de la ayuda externa en los últimos tres años confirma las críticas más severas a la ayuda para el desarrollo expresadas en los manuales y textos de estudio.

3. Es inevitable un shock económico

No hay absolutamente ninguna forma de evitar que las actividades económicas inviables, basadas en precios subvencionados, demanda artificial

y mercados cautivos, no sean fuertemente remecidas por el proceso de transformación. Ninguna cuota de habilidosa gestión macroeconómica, ya sea de sintonización (*fune tuning*) fiscal o monetaria, puede evitar una caída del PGB, un aumento del desempleo, un alza (de una vez y para siempre) de los precios tras la desregulación de los mismos, o una devaluación drástica previa a la liberalización del comercio exterior. Una política macroeconómica racional puede evitar, sin embargo, la inflación galopante y permanente, las devaluaciones reiteradas, los déficits presupuestarios fiscales y el crecimiento de la deuda externa.

4. Se requieren medidas dramáticas para restringir la política macroeconómica, liberalizar los precios y el comercio exterior y consolidar el proceso de privatizaciones

Aun cuando una secuencia detallada y previamente organizada de las medidas reformadoras no puede funcionar en el mundo real, debieran seguirse varias reglas-macro básicas. Al describirlas, dejaré de lado los factores políticos y sociales en aras de la simplicidad.

Nuestra experiencia nos muestra que la reforma debe partir con una dosis fuerte de política macroeconómica restrictiva. Ello prepara el terreno para la liberalización de precios y del comercio exterior y, al cortar los subsidios, anuncia un cambio dramático que afectará todo el clima económico. Un país en proceso de reformas que no implemente esta medida crucial exactamente en esta fase temprana caerá, inevitablemente, en lo que yo llamo la “trampa de la reforma”: un círculo vicioso de alta inflación o incluso hiperinflación, devaluaciones reiteradas, endeudamiento externo creciente, déficits presupuestarios, y así sucesivamente. Yo diría que el país que implementó deliberadamente —sin la presión del FMI— y más vigorosamente esta fase muy impopular fue, sin duda, Checoslovaquia.

La segunda etapa ineludible es una liberalización inclemente de los precios y el comercio exterior. Ello desbloquea el mercado, devuelve su “valor” a los activos económicos y a todos los bienes y servicios, cambia los anteriores patrones de demanda, genera un equilibrio económico y transparencia del mercado y brinda los necesarios indicios a los agentes económicos —aún no-reestructurados— que operan dentro de la economía en el flanco de la oferta. El tipo de cambio debe convertirse en un ancla nominal sólida, en el punto de Arquímedes de todo el sistema económico, y en la única variable nominal estable y fija. A causa de ciertos defectos estructurales mayores de la economía, reflejados en déficits de la balanza de pagos, debe, sin embargo, quedar muy lejos de un nivel de paridad con el poder adquisitivo. La liberalización de precios debe ser completa, o

cuando menos muy significativa, o de lo contrario habrán de generarse nuevas distorsiones en los precios. La regulación de los salarios debiera atenuarse —basándose en ciertas directrices indicativas— o eliminarse. La liberalización del comercio exterior debe acompañarse de una amplia convertibilidad interna de la moneda devaluada.

Enfrentado a persistentes requerimientos de ayuda, de que actúe como aval, de que proteja los mercados y mantenga los subsidios y de que modernice las empresas estatales y elimine los monopolios, el gobierno debe iniciar un proceso de privatización rápido y general como una condición previa para cambios ulteriores; como un mecanismo para crear propietarios reales y, por tanto, responsables y racionales; y como un golpe final a las ambiciones de los burócratas gubernamentales de controlar la economía.

Otras medidas —como la reforma tributaria y aquellas relativas al perfeccionamiento de la legislación y de las estructuras de mercado, creación de intermediarios financieros y otras instituciones de mercado— pueden introducirse cuando se esté preparado para hacerlo y ellas estén listas para ser implementadas.

Estas reglas de secuencia básicas no son originales ni innovadoras. Sólo pueden parecer originales porque fueron a menudo olvidadas o ignoradas.

5. La política macroeconómica debe ser sostenida

La labor más delicada consiste en determinar el momento justo para hacer el viraje en la política macroeconómica, desde una de carácter restrictivo a otra neutral o incluso, quizás, a una de signo expansivo. Dicha determinación se ve complicada por la existencia de un banco central plenamente independiente y por rápidos cambios tanto en la velocidad del dinero como en la demanda del mismo. Una economía sometida a dicho proceso de transformación radical está lejos de ser homogénea. El punto de inflexión en la curva de la demanda agregada desde el segmento horizontal al vertical dentro de ella es, por tanto, muy agudo, y se sitúa muy por debajo del nivel del pleno empleo.

Las presiones populistas para recargar la economía son muy fuertes, pero es preciso resistirlas. En Checoslovaquia, durante los dos primeros años, antes e inmediatamente después de la liberalización de los precios, estuvimos bajo un régimen de política restrictiva con un superávit presupuestario, y luego nos movimos hacia un régimen de política presupuestaria equilibrada, y continuamos ahora en este curso. A mí me

parece que ninguna economía en transformación ha llegado al estadio en el que sería apropiado liberar los controles fiscales y monetarios e iniciar políticas de expansión de la demanda al estilo keynesiano.

6. El shock de los precios debe ser vigorosamente defendido y mantenido

El inevitable shock de los precios que sigue a la desregulación de los mismos ha de ser anunciado de antemano, explicado previamente, defendido y “mantenido”. El primer alza de los precios refleja la magnitud heredada del desequilibrio macroeconómico —pequeño en Checoslovaquia pero enorme en Polonia, Rusia y otros seis países dominados anteriormente por los soviéticos—; la dinámica de los precios posterior a la desregulación refleja, en cambio, el grado de restricción de la actual combinación fiscal-monetaria. En el caso de Checoslovaquia, el aumento inicial de precios durante el primer mes fue “sólo” de un 25 por ciento. Los índices de inflación en los siguientes tres meses fueron de un 7 por ciento, un 4,5 por ciento y un 2 por ciento respectivamente, y en los próximos veinte meses, hasta la introducción del impuesto al valor agregado a principios de 1993, el índice de inflación no sobrepasó jamás el 1 por ciento mensual. En otros países en fase de reformas, en los que la inflación ha fluctuado enormemente, hubo reiterados saltos y caídas inflacionarios que reflejaban las inconsistencias de su política macroeconómica.

Para que la reforma tenga éxito, es preciso evitar dos círculos viciosos debilitadores: la espiral precios-salarios y la espiral precios-tipo de cambio. Nuestra experiencia nos dice que la aparición de ambas es directamente atribuible al fracaso (innecesario) de la política macroeconómica. En el período en que imperaba el régimen de política restrictiva, de 1990 a 1991, los salarios crecieron en nuestro país más lentamente que los precios. Durante el régimen macro de carácter “neutral” de 1992 y 1993, los salarios han crecido ligeramente más rápido pero no se ha llegado aún al rango peligroso, y la variable salarial se ha movido consistentemente con otras variables económicas ligadas a ella.

Lo mismo vale para el nexo precios-tipo de cambio. Los países en fase de reforma se enfrentan, por lo general en forma simultánea, a un alto grado de desequilibrio macro que conduce inevitablemente a grandes aumentos en los precios, genera una divisa sobrevaluada —con cero reservas en moneda dura y grandes déficits en la balanza de pagos—, y déficits presupuestarios a causa de políticas macroeconómicas vacilantes. Sin

embargo, el típico país en fase de reforma no devalúa suficientemente su moneda. Debido a ello, los precios locales en alza tienden a desincentivar las exportaciones y alientan las importaciones; la balanza de pagos se deteriora; se hace necesaria una nueva devaluación; la inflación importada provocada por la devaluación empuja los precios al alza; y todo ello lleva inexorablemente a un círculo vicioso.

En Checoslovaquia, la situación fue y es muy distinta. El desequilibrio macroeconómico original fue relativamente pequeño, la política macro fue cautelosamente restrictiva y la devaluación fue lo suficientemente profunda. La alta tasa de devaluación creó espacio suficiente para el necesario aumento de los precios y de otros gastos, y el tipo de cambio ha permanecido, por tanto, estable durante veintiocho meses, pese al 75 por ciento de inflación que se verificó en el mismo período. Adicionalmente, las reservas en moneda dura han crecido permanentemente. Esto demuestra que el círculo vicioso puede evitarse siempre y cuando se siga una política económica racional.

7. La reestructuración económica requiere de la privatización global

No es posible reestructurar la economía si no se cambia globalmente la estructura de los derechos de propiedad. Es injustificado esperar un cambio en el comportamiento de los agentes económicos si no hay privatización; ello nunca sucede. El estilo *perestroika* de pensamiento económico, que llega a su máxima sofisticación en los panfletos de Janos Kornai, sugiere que es posible virar desde una reducción leve del presupuesto a una devaluación intensa, y que se puede modificar el comportamiento económico utilizando únicamente medidas macroeconómicas. Ello es erróneo y engañoso. Una política macroeconómica racional representa una condición necesaria pero no suficiente del anhelado cambio en el comportamiento económico.

El país en fase de reforma debe implementar un proceso de privatización acelerado y masivo, que sólo puede alcanzarse cuando el gobierno se ciñe a varias reglas no-tradicionales:

- Los métodos de privatización convencionales, y por ende más lentos, han de acompañarse de otros mucho más rápidos y no convencionales.
- El fin de la privatización debe ser el encontrar nuevos propietarios privados, no maximizar los ingresos fiscales provenientes de la venta de los activos estatales.
- La privatización ha de partir en el nivel micro, no a nivel estatal.

Debiera haber un organismo estatal especial que cumpla tan sólo funciones procedimentales. Las funciones de planificación, organización, modernización, reestructuración, división y desmonopolización no debieran iniciarse desde arriba. El Treuhandanstalt germano es un caso extremo de dicho enfoque.

- Es beneficioso que haya capital extranjero comprometido, pero no debiera tratárselo en forma preferencial sino de igual a igual con el capital nacional. Debiera minimizarse el rol de los consejeros y consultores extranjeros.

El método de privatización checoslovaco a base de *vouchers* fue muy exitoso y debiera ponerse en práctica en otros países. Pero he de admitir, al mismo tiempo, que es difícil restringir las actividades de los organismos estatales de privatización y, especialmente, sus intentos burocráticos de controlar y distorsionar el proceso de privatización.

8. Los costos de la transformación han de ser ampliamente compartidos

La estrategia básica de la reforma debiera consistir en compartir al máximo los costos menos triviales de la transformación. El concepto de compartir tales costos es necesario por razones sociales —para defender y justificar las alzas inevitables en los ingresos de algunos, así como las disparidades de propiedad— y por razones económicas —para que sea posible sobrellevar en conjunto la carga heredada de las existencias excesivas de productos invendibles, de viejos empréstitos deficientes, de proyectos de inversión inconclusos, de activos no retornables, congelados en países extranjeros, etc.—. El problema radica en la tendencia a hacer recaer los costos de la transformación en el gobierno, que pasa a ser el agente residual y el “último recurso” al cual acudir. Su grado de libertad para tomar decisiones y hacer desembolsos financieros positivos, “autónomos”, se vuelve así cada vez más pequeño y los gastos involuntarios, inducidos, dominan el presupuesto estatal.

9. La transformación exitosa requiere de mercados abiertos en el exterior

Se ha mencionado ya el rol crucial de los factores internos en el

proceso de transformación y el impacto limitado de la ayuda y los consejos provenientes del exterior. La dimensión externa es, con todo, extremadamente significativa en otro sentido. Lo que verdaderamente necesitamos del resto del mundo no es ayuda sino comercio e intercambio. Con intercambio quiero decir relaciones simétricas basadas en principios de equidad.

No necesitamos transferencias en un solo sentido, porque ellas suelen no ser tomadas en serio por la contraparte. Tienden a ser mal empleadas, mal encauzadas o mal asignadas. Sí necesitamos, por el contrario, intercambio de gente, ideas y, lo más importante, un intercambio de bienes organizado de tal modo que ambas partes del trato se beneficien.

Por ello somos tan críticos de las medidas discriminatorias y proteccionistas con que se ha respondido ante cualquier logro alcanzado por nuestras exportaciones en los mercados occidentales. Dicho fenómeno prueba, de modo paradójico, que la transformación de los países post-comunistas de Europa representa un desafío muy importante también para Europa Occidental. Se ha hecho evidente que el colapso de la Cortina de Hierro no requiere sólo de una reestructuración y transformación del flanco oriental. El flanco occidental necesita a la vez de un ajuste, y la necesidad de ello no es menos urgente. Los intentos de posponer este doloroso proceso económico y social por la vía del proteccionismo y la discriminación comercial en contra de los ex países comunistas sólo conseguirá agravar los problemas a ambos lados.

10. La transformación exitosa requiere de políticos exitosos

Para llegar a tener éxito y poder inspirar a la ciudadanía, así como para generar coaliciones pro-reforma más amplias, es absolutamente necesario que los reformadores confíen en el éxito de las reformas. La reforma no es sólo un problema académico. Es una cuestión política y es vitalmente importante conseguir suficiente apoyo político.

Desde el inicio mismo de nuestra propia transformación, entendimos que la creación de una base política es un componente indispensable de

* Conferencia pronunciada en el seminario “ ‘New Economic Perspectives - Profiling the Future’, Strategy of Industrial Companies and International Financial Institutions”, en Lausana, el 6 y 7 de septiembre de 1991.

El texto de esta conferencia fue incluido en Václav Klaus, *Dismantling Socialism: A Preliminary Report* (Praga: Top Agency, 1992). La presente traducción del inglés es del Centro de Estudios Públicos.

las actividades reformadoras. Y tuvimos éxito en crear dentro de la ex esfera comunista el único partido conservador que hoy es capaz de hablarle directamente a la gente y obtener un amplio apoyo político. Ello requirió de un enorme esfuerzo político y humano: cientos de giras políticas e incontables encuentros con varios miles de personas. En otras palabras, requirió, y aún precisa, de una permanente campaña. A decir verdad, fue un arma fundamental que nos ayudó a ganar las elecciones y crear un consenso básico de apoyo a la reforma. Un programa creíble y no populista; realismo y no falsas promesas; optimismo y autoconfianza; no pesimismo ni pronósticos fatalistas ni sueños de paternalismo estatista. He aquí las condiciones previas del éxito. Esperamos lograrlo.

LA REFORMA ECONÓMICA EN CHECOSLOVAQUIA Y EL ROL DE LA AYUDA EXTERNA*

Las dificultades que enfrentan Checoslovaquia y otros países de Europa Oriental en sus procesos actuales de transformación de la economía, hacen necesario un nuevo enfoque de parte de los países occidentales, así como de los sectores públicos y privados y de las entidades internacionales, en relación al problema de los recursos financieros y del mantenimiento del flujo de inversiones extranjeras. A diferencia de lo que fue la reconstrucción en Europa Occidental tras la Segunda Guerra Mundial, existe hoy no sólo la necesidad perentoria de sustituir el capital destruido sino de llevar a cabo una transformación acelerada y radical a nivel macro y microeconómico; es preciso dismantelar la estructura vertical rígida de la economía y la sociedad, y acelerar el establecimiento de un marco institucional, legal y social que permita el funcionamiento del mercado y la reinserción de esa economía en el ámbito internacional. Todos esos problemas deben resolverse dentro de un lapso muy breve y en un contexto donde escasean los recursos financieros internos, donde la tecnología de que se dispone está obsoleta, donde faltan habilidades gerenciales y donde los mercados externos tradicionales están colapsando uno tras otro.

En estas distintas fases de la reforma económica, la ayuda externa es esencial. Su cuantía es indudablemente relevante, pero más lo es su carácter, su naturaleza y ante todo su utilidad potencial. La ayuda financiera oficial es hoy la más cuantiosa en volumen y es, ciertamente, necesaria para la fase estabilizadora dentro del proceso de reformas. Con todo, no debería convertirse en un sustituto para la implementación de otras reformas esenciales, ni servir para prolongar la agonía de las economías post-

comunistas, lo que, por desgracia, suele ocurrir. La posibilidad de llevar a cabo acuerdos multi o bilaterales es limitada, pues la mayoría de los países de la Europa Oriental (afortunadamente, Checoslovaquia no es uno de ellos) están lastrados por una pesada deuda externa, que han comenzado a acrecentar rápidamente. El costo creciente del servicio de la deuda puede complicar significativamente su futuro desarrollo económico.

Las economías en transformación requieren de la inversión externa de carácter privado, la cual debería llegar una vez que afloren las condiciones requeridas para ello. Sin embargo, las ventajas comparativas de los países europeo-orientales —su cercanía geográfica al mercado de la CEE, la mano de obra barata y relativamente bien calificada (especialmente en Checoslovaquia) y la potencialidad de sus mercados internos— no son lo suficientemente atractivas. Y los dos factores fundamentales que inciden en esta situación —la estabilidad política y el avance en la creación de una economía de mercado— están ligados entre sí.

La cuestión de la estabilidad política es compleja y se ve afectada por un sinnúmero de factores específicos. Sin embargo, es imprescindible que los cambios introducidos en el sistema económico lleguen a consolidarse. Para que la población siga apoyando la transformación en curso (lo cual aún ocurre en Checoslovaquia), es esencial la implementación prudencial y pragmática, aunque radical, de una reforma económica estratégica, compleja y bien estructurada, que aspire a la creación de una economía de mercado que pueda operar a plenitud, sin excesivos constreñimientos.

Las estrategias claras para la realización de verdaderas reformas y el avance en su implementación, todo lo cual habrá de manifestarse en la creación de un sistema económico inspirado en principios compartidos por todas las economías desarrolladas, son los factores más influyentes a la hora de propiciar la afluencia del capital extranjero hacia las economías en transformación.

El *quid* de estos pasos vitales, que conllevan en sí lo esencial del cambio sistémico, está en varias medidas claves, a saber:

- La privatización oportuna, acelerada y de vasto alcance.
- La liberalización de los precios.
- La liberalización del comercio exterior y la convertibilidad interna.
- Una política monetaria y fiscal restrictivas.

La privatización y la definición clara de los derechos de propiedad han de ser las prioridades de toda economía embarcada en un auténtico

proceso de reforma. La transformación de la propiedad estatal en propiedad privada es una condición ineludible para que un mercado pueda funcionar. Y ello debe hacerse con celeridad, porque el cambio fundamental en el comportamiento de los agentes económicos sólo es posible si se les expone a las presiones del mercado y se inician cambios estructurales cruciales que habrán de evitar la prolongación de la economía post-socialista y el colapso económico. Esta es la meta fundamental de la privatización, más que la maximización de las utilidades derivadas de ella, un hecho difícil de entender, en ocasiones, para los observadores occidentales, que hacen constante hincapié en el precio óptimo de la propiedad a privatizar y en la óptima recuperación de la propiedad estatal antes de la privatización.

La privatización en los países post-comunistas difiere de otros proyectos similares en las economías desarrolladas y en vías de desarrollo, en dos aspectos fundamentales: el breve lapso requerido para su realización y la cantidad abrumadora de propiedad estatal que se ha de privatizar. Los métodos convencionales, como los utilizados en el pasado en Gran Bretaña, son insuficientes para una transferencia de propiedad de tal magnitud como la que se requiere para transformar la economía dentro de las limitaciones de tiempo existentes. Fue por ello que se ideó en Checoslovaquia (y está actualmente en preparación) el método de privatizaciones no tradicional, a base de *vouchers*, que permitirá superar la insuficiencia de capital interno y el comprensible retraso en la afluencia de inversión foránea hacia las empresas checas y eslovacas. A cada ciudadano checoslovaco se le entregará una cantidad de *vouchers*, que podrá luego cambiar por acciones en las ex empresas estatales. De este modo, se evita el problema de la valoración exacta de la propiedad privada y podemos hacer la transferencia de los derechos de propiedad sin un retraso innecesario. Aparte de la privatización a base de *vouchers*, pueden aplicarse también los métodos tradicionales, y ellos están disponibles para todos los inversionistas extranjeros. Las empresas checoslovacas preparan ahora proyectos de privatización individuales, en los que cada una habrá de recomendar la mezcla precisa de métodos de privatización que ella juzga debería emplearse en su caso. En consecuencia, los inversionistas extranjeros cuentan con un amplio rango de oportunidades de inversión, que van desde la compra directa de empresas checoslovacas a varios tipos de *joint ventures* y asociaciones.

Otro paso básico de la reforma, de gran importancia para asignar con efectividad las inversiones, es la liberalización de los precios, un requisito adicional para el funcionamiento de una economía de mercado. La estructura de precios atrofiada, absolutamente deformada por cuarenta

años de planificación centralizada, hubo de ser liberalizada mediante un tratamiento de shock, pues cualquier intento gradual habría conducido, simplemente, a prolongar y ahondar las distorsiones. La repentina liberalización provocó, inevitablemente, inflación y cambios dramáticos en los precios relativos. Y, al mismo tiempo, produjo enormes cambios en el comportamiento del consumidor, los que habrán de frenar la inflación en el corto plazo, incluso en condiciones que siguen siendo monopólicas, pues, paralelamente, se ha adoptado una política macroeconómica de carácter restrictivo y los salarios y pagos por transferencia están creciendo de momento a una tasa sólo razonable.

Este proceso se ve influido a su vez por la liberalización del comercio exterior y la implementación de la convertibilidad interna, que son la forma más efectiva de generar un medio competitivo. La creación de un mercado monetario y el libre acceso a la divisa contribuyen forzosamente a que los precios locales sean comparados con los externos. Un tipo de cambio realista hace posible, a la vez, reducir la presión sobre la balanza de pagos, la cual se ve amenazada por el colapso de los mercados tradicionales y la competitividad insuficiente de las exportaciones a nivel internacional. La incidencia de la inflación ha de corregirse mediante políticas macroeconómicas restrictivas que, por desgracia, ocasionan problemas a corto plazo, con el aumento del desempleo y la caída en la producción. Así, dos características inevitables de esta fase dentro de las reformas son el superávit presupuestario y la restricción del crédito, ello teniendo en cuenta que la espiral inflacionaria aparejada al estancamiento inevitable en la producción llevaría al resurgimiento del control centralizado de la economía.

De gran importancia para el éxito de las reformas y la creación de un clima atractivo para la inversión es la preservación del “contrato social”. La sociedad ha de adaptarse y superar el desempleo, que puede llegar a ser muy severo en algunas industrias y regiones del país, tras varios años de un sobreempleo desmoralizador. Por esta razón, es necesario crear una red de seguridad social suficiente para prevenir la agitación social y motivar a la población, al mismo tiempo, a buscar activamente un empleo. La reforma checoslovaca ha resultado muy exitosa en lo que respecta a evitar, precisamente, el conflicto social, las huelgas, etc., aun cuando ha tomado medidas que afectan negativamente el nivel de vida de la población. Checoslovaquia es una excepción, en este sentido, frente a los demás países de la Europa del este.

* De Václav Klaus, *Dismantling Socialism: A Preliminary Report* (Praga:

Otros cambios sistémicos son importantes también en la creación de ese clima favorable para la inversión: la reforma del sistema tributario, de modo que éste se base en los impuestos al valor agregado; la adopción de normas contables internacionales; la creación de un clima legal propicio a la inversión extranjera y que garantice el libre traspaso de las utilidades. Otras influencias positivas sobre la inversión extranjera incluyen la promoción de dichas inversiones y los acuerdos de protección y de supresión de la doble tributación.

La creación de un medio atractivo para la inversión foránea es un aspecto relevante de esa estrategia para reformar el mercado. Sin embargo, es importante considerarla en el contexto de la dirección global a la que apunta la reforma, la cual busca una transparencia del mercado que habrá de engendrar un comportamiento racional y efectivo por parte de los agentes económicos. Por atractiva que pueda parecer, la inversión extranjera no es un fin en sí misma, sino uno más de los medios para conseguir el fin propuesto: la reforma. Por ello, es preciso combatir los intentos de crear un clima especial para la inversión extranjera, sea por la vía tributaria o a través de excepciones en otras áreas donde operan ciertos derechos universalmente válidos, pues todas ellas son medidas excepcionales, a menudo propiciadas desde el exterior sobre la base de la práctica aceptada en otros países. Por el contrario, las condiciones requeridas por las empresas extranjeras son las mismas que precisa el crecimiento del sector privado nacional.

¿SERÁ QUE ESTAMOS SALVANDO LO INSALVABLE?*

En las últimas semanas, hemos estado expuestos a una presión cada vez mayor para que apoyemos a las empresas existentes y las ayudemos a sobrevivir en el período actual. Hemos hecho hincapié en que la ayuda estatal a las empresas, en el mejor de los casos, sólo puede ser marginal y que las empresas dependen de sí mismas. El antiguo régimen se fundaba en el principio de que alguien sabía más que el resto y que poseía un conocimiento más cabal y “objetivo” de las empresas del que tienen los individuos directamente involucrados en ellas. Dicho régimen fracasó y lo que ahora nos proponemos, con todas nuestras fuerzas y con el debido apasionamiento, es sustituirlo.

Ningún elemento significativo de los patrones de conducta que prevalecían en el viejo sistema debería subsistir en el nuevo. No olvidemos que la economía estatal y vertical de otrora, fundada en las relaciones

personales entre las empresas y los burócratas centrales, fue capaz, efectivamente, de hacer nuevas inversiones, pero fue absolutamente incapaz de liquidar las viejas empresas. Nuevas e irracionales empresas que demoraron varias décadas en ser creadas y fueron concluidas con retraso no desplazaron a las antiguas. Nadie se atrevió a romper con los viejos hábitos y costumbres procediendo a cerrar o liquidar una empresa. Nosotros heredamos esta forma de pensar y tenemos problemas para hacerla desaparecer.

En ocasiones ayuda el echar una ojeada al resto del mundo. Hace algún tiempo tuvo lugar en Praga un importante congreso sobre economía, organizado con el auspicio de la Universidad de Maryland y el Instituto de Reforma Política. Era la primera vez que este grupo de prestigiosos economistas visitaba Praga. Conocíamos sus nombres sólo a partir de los libros y semanarios, pero ahora los checos y eslovacos pudieron charlar directamente con todos ellos. Personalidades como Stanley Fisher, Joseph Stiglitz, Mancur Olson, Alan Walters, Arnold Harberger y varios otros que juegan en primera división en el mundo de la economía asistieron al evento. La posibilidad de hablar con esos economistas y conocer su opinión acerca de la transformación de la economía checoslovaca ha sido útil y muy beneficiosa.

La profesora Anne Krueger, quien durante muchos años fue la vicepresidenta del Banco Mundial y ahora enseña en la Universidad de Duke, tenía la sensación de que esperábamos demasiado de la privatización y que llevábamos demasiado tiempo dándoles vueltas a los activos existentes. La triste realidad podía ser que el valor de esos activos fuera muy bajo o igual a cero. El caso de la antigua República Democrática Alemana así lo demuestra. La señora Krueger pasó varios años comparando el desarrollo económico en diversas partes del mundo y, sobre esa base, sostenía que la mayor parte del crecimiento económico en los países en fase de reforma provenía de las nuevas empresas y no de las antiguas. Comparaba los datos estadísticos relativos al papel de las empresas antiguas y nuevas al inicio y al término del período de transformaciones. En Corea, tras el período de diez años de alto crecimiento, el 80 por ciento de la productividad total

Top Agency, 1992). La presente traducción del inglés es del Centro de Estudios Públicos.

* Conferencia Internacional Allison, pronunciada por Václav Klaus (en aquel entonces Ministro de Finanzas de Checoslovaquia) el 9 de mayo de 1991 en Boston, Massachusetts, al recibir el grado honorario de Doctor en Humanidades que le otorgara la Universidad de Suffolk.

El texto de esta conferencia fue reproducido en Václav Klaus, *Dismantling Socialism: A Preliminary Report* (Praga: Top Agency, 1992). La presente traducción del inglés es del Centro de Estudios Públicos.

provenía de las nuevas industrias. En Turquía, dicha cifra equivalía al 60 por ciento. Las industrias que se las arreglaron para sobrevivir en ese lapso de diez años habían abandonado, con frecuencia, su línea de producción tradicional y se dedicaban a otro rubro. Al considerar el caso de Checoslovaquia, nuestra visitante pensaba que estábamos demasiado concentrados en viejas inversiones de capital. Sé que defender esa postura es más fácil que ponerla en la práctica. Así y todo, el asunto llama a reflexionar seriamente. Obviamente, la lección a extraer no es que hemos de liquidarlo todo y partir de cero. La lección es que es importante liberar el recurso económico más valioso del que dispone Checoslovaquia, incluso según Anne Krueger: la calidad de su capital humano. Para que la población adopte nuevos valores es fundamental, aunque ella esté o no de acuerdo, liberarla de sus sitios de trabajo, donde sigue empeñada en salvar lo insalvable.

No deberíamos permitir una destrucción a corto plazo de la actividad económica, pero al mismo tiempo debemos dar prioridad a las mejoras de largo plazo y no a los intereses de corto plazo. Si no damos un paso audaz, no avanzaremos. Como decía Anne Krueger, no podemos cruzar el Gran Cañón sin dar un doble salto, sólo que yo añadiría que la idea de entrenarse para un salto doble es absolutamente inútil. O bien nos preparamos para un único salto o bien nos descolgamos hacia abajo, y luego claveteamos los pernos en la pared contraria para pasar a través de ellos las cuerdas que habrán de permitirnos trepar hacia arriba. Más subsidios, más evasiones tributarias, más exportaciones a países insolventes y más demoras en la introducción de la competencia extranjera no nos sacarán del Gran Cañón.

LOS DESAFÍOS DEL PROCESO DE TRANSFORMACIÓN: LECCIONES DE LA EXPERIENCIA CHECOSLOVACA*

Estoy profundamente agradecido de este grado honorario, tan prestigioso, que hoy me concede la Universidad de Suffolk. Y aunque lo asumo como un honor personal, he de confesar que desde los inicios de la “Revolución de Terciopelo” en Checoslovaquia, hace dieciocho meses atrás, mi vida ha cambiado en tantos sentidos y de manera tan dramática que la diferencia entre sus facetas pública y privada ha desaparecido en la práctica. En consecuencia, recibo también este honor en nombre de mi país, en nombre de todos los checos y eslovacos enfrentados hoy a tremendas dificultades y desafíos, que luchan con su propio pasado y que ahora afrontan la labor enorme —no intentada hasta ahora— de restaurar la

democracia y la prosperidad en una sociedad que fue, hasta ayer, de signo totalitario y estuvo sujeta a la planificación centralizada.

En lo que respecta a mis conciudadanos, acepto este honor como una confirmación de que hoy avanzan todos ellos en la dirección acertada, de que han elegido la vía correcta y más expedita hacia el normal funcionamiento de una sociedad y una economía libres y democráticas. Espero sepan ustedes, y ahora puedo confirmárselos, que no vacilaremos en emprender esta singular tarea. No es nuestra intención dismantelar con toda lentitud, pausadamente, un sistema económico, social y político que degrada y trata injustamente a sus ciudadanos, que dilapida y arrasa con el legado natural y el acervo cultural del país, acumulados a través de los siglos. No es nuestro propósito resignarnos a la prolongación de un inestable e improductivo híbrido de elementos irreconciliables entre sí, provenientes de dos universos distintos: la sociedad libre y la servidumbre, la primera de ellas definida por la democracia parlamentaria y una economía de libre mercado, la segunda por la dictadura y la planificación centralizada. Iniciamos dicho proceso hace dieciocho meses y estamos deshaciéndonos rápidamente de las antiguas instituciones y las viejas reglas, a la vez que anticipando las condiciones previas y necesarias para un despegue exitoso hacia la normalidad, hacia ese mundo en el que han tenido ustedes el privilegio, y yo diría que también el derecho, de habitar.

Si me permiten un término que los estudiantes de economía suelen toparse en los manuales de microeconomía avanzada, yo diría que todos nosotros allí en Checoslovaquia, o cuando menos algunos de entre nosotros, hemos asimilado bien un concepto de cierta sofisticación conocido como el “teorema de la autopista”, que alude a la vía más rápida para alcanzar una situación que se considera óptima. En vez de hacer un rodeo con medidas a medias, con concesiones que obedecen a consideraciones pseudo-sociales, demoras, yerros ideológicos y prejuicios, hemos de esforzarnos por incorporar lo antes posible a una autopista doctrinaria y económica suficientemente ancha y recta, incluso a expensas de ciertas pérdidas que habremos de sufrir en el corto plazo.

En nuestro caso particular, esta vía recta consiste en el pluralismo político, las garantías constitucionales, la propiedad privada y una economía de mercado plena. La autopista, si me permiten que insista en la metáfora, no incluye esa concepción de una tercera vía surgida en la Primavera de Praga de 1968. La autopista no incluye, definitivamente, la serie de socialismos democráticos que florecen en Occidente. Ni incluye, categóricamente, la concepción derivada de la *perestroika*, ni la forma en que la *perestroika* aspira hoy a la cuadratura del círculo, tan conocida en la

Europa del este y especialmente en la Unión Soviética en la segunda mitad de los ochenta y nuestros días. Insistir hoy en la prédica de esas utopías sociales es una irresponsabilidad intelectual cuyas consecuencias pueden resultar en extremo perniciosas. Y es algo que aspiramos evitar, decididamente.

He ahí, pues, mi propia autopista doctrinaria. Somos conscientes de que el paso de nuestra situación actual a esa otra habrá de requerir sacrificios y una ardua labor. En ocasiones, la gente allí en el Este, y yo añadiría que en ocasiones también los occidentales, no valoran lo suficiente esa mezcla tan frágil e inestable de instituciones, normas y patrones de conducta requeridos para el surgimiento, sustentación y prolongación de una sociedad y una economía que marchen en forma expedita y eficaz. En Occidente, y sobre todo allí, se da por sentado —o casi— que ese estado de cosas es normal y se lo considera eterno. Quisiera recordar, así pues, el aforismo del distinguido académico Thomas Sowell: “La ausencia de pobreza, de tiranía e injusticias es un milagro, una coincidencia feliz de las circunstancias en el tiempo y el espacio; la presencia de todos esos males, en cambio, es mucho más probable”.

En Checoslovaquia, entendimos muy pronto que una revolución para modificar el clima político reinante no era suficiente y que, de hecho, ella representa la parte más fácil de nuestra tarea. Mucho más difícil es crear nuevas instituciones, definir y establecer nuevas reglas, imponer nuevos patrones de conducta en la esfera económica. Y, por sobre todo, lo más importante es diseñar e implementar una estrategia viable de transformaciones. Quisiera señalar ahora un par de cosas al respecto.

Todo el proceso de transformaciones llevado a cabo en mi país se basa en cuatro pilares fundamentales, que pueden resumirse como sigue. En primer lugar, sabemos que las empresas de propiedad estatal han de ser rápida y masivamente privatizadas. Es el pilar inicial de nuestra estrategia de cambio y ello se conseguirá con la participación activa tanto de los agentes locales como extranjeros y con una combinación de ciertos métodos de privatización convencionales y otros no tradicionales. Hemos de combinar métodos convencionales, muy conocidos en los manuales, y no tradicionales, puesto que los métodos estándares no bastan en nuestro caso particular. El espectro de las privatizaciones —hay que entenderlo— no es comparable a los que he de denominar “intentos periféricos de privatización” que tienen lugar en Occidente. Debemos privatizar toda la economía, no tan sólo unas pocas empresas cada año. El ritmo de privatizaciones ha de medirse a la vez, en nuestro caso, en meses o en semanas, en ningún caso en años o décadas. Y por último, Checoslovaquia carece de capitales a nivel local,

producto de las tasas de ahorro relativamente bajas del pasado y de nuestra falta de un mercado financiero y de instituciones financieras.

Por consiguiente, propusimos un método de privatización muy específico, llamado “el sistema de *vouchers*”, en virtud del cual todos los ciudadanos del país habrán de contar con una cuota de *vouchers*. Al principio quisimos distribuirlos gratuitamente; luego descubrimos que es preciso venderlos por alguna cifra nominal de modo que se los utilice para adquirir valores y acciones de las empresas que antes fueron de propiedad estatal. Este ingenioso esquema, que fue creado por mi propio ministerio con unos cuantos colegas trabajando conmigo, es ahora muy popular en todo el mundo. Y hoy suelo toparme con visitantes de otros países interesados en asimilar sus características y aplicarlo en sus respectivos países. Recibimos una delegación tras otra de varias repúblicas de la Unión Soviética. Esta mañana, un persona originaria de Eslovenia, Yugoslavia, me señaló que también allí están intentando aplicar este sistema. Como dicen hoy algunos de nuestros colegas en Occidente, es una idea que habrá de venir en los manuales de economía del próximo siglo, ya sea que fracase o tenga éxito. Y ella, claro está, plantea ciertos riesgos; pero no vemos, en realidad, ninguna opción mejor a nuestro alcance. Al emplear los métodos convencionales de privatizar tres, cuatro o cinco empresas al año, sólo llegaremos a privatizar nuestra economía en un lapso de varios cientos de años. No podemos, así pues, valernos de nada parecido; hemos de descubrir un método que nos permita hacerlo ahora mismo.

En lo que se refiere a los resultados, nuestro proceso de privatizaciones se dividió en dos partes: la así llamada privatización “menor” por un lado, y la privatización “mayor” por el otro. La privatización menor está en marcha. Comenzó en enero de este año y cada semana, cada fin de semana en Checoslovaquia se venden pequeñas empresas en subasta pública. Y cada fin de semana hay decenas de pequeñas empresas que salen a la venta en todas las pequeñas ciudades del país. Si no me equivoco, la última cifra es de unas tres mil pequeñas empresas vendidas en subasta pública en los últimos dos meses. En este sentido, ha sido un proceso muy alentador. La privatización de grandes empresas mediante inversiones conjuntas se lleva a cabo hoy de manera continua, y la privatización a base de *vouchers* comenzarán este otoño. En suma, queremos privatizar definitivamente gran parte de las empresas estatales en un plazo de un año o dos. Esto en lo que respecta a la esfera de las privatizaciones.

El segundo gran pilar del proceso de transformaciones implica la apertura del mercado interno. El momento crucial fue, en definitiva, la liberalización de precios —el levantamiento del control de precios— que

consideramos una condición previa necesaria para el funcionamiento de una economía de mercado, como también para la eliminación del intervencionismo estatal excesivo. Y este paso, verdaderamente crucial, es de la mayor importancia, al punto que no puede tomárselo de la noche a la mañana. Fue introducido en Checoslovaquia el 1 de enero de 1991. Obviamente, como consecuencia de una inflación mantenida bajo control por medio de la fijación arbitraria de los precios en el pasado, y como consecuencia de tres devaluaciones sucesivas y bastante significativas durante el último año, la inflación declarada en enero fue verdaderamente muy alta, dramática incluso, y dio pie a una situación política, social y económica en extremo complicada. Pero nuestras políticas macroeconómicas de carácter restrictivo tuvieron éxito, diría yo, en evitar la irrupción de una peligrosa espiral inflacionaria. Hemos intentado restringir el episodio actual a una inflación correctiva y de carácter transicional, que habrá de ocurrir una sola vez, y que esperamos no se repita. Esperamos que la rueda inflacionaria esté ya bajo control.

A los economistas presentes en este auditorio, les diría que los resultados son muy positivos y alentadores. La inflación de enero, sobre una base calculada mes a mes tras la liberalización de los precios, fue de un 26 por ciento, lo que constituyó un verdadero shock para toda la población. Tras cuarenta años de precios controlados, prácticamente congelados, fue algo absolutamente nuevo, absolutamente inesperado. La tasa inflacionaria bajó en febrero a un 7 por ciento, en marzo a un 4,7 por ciento y ayer por la mañana, antes de abordar mi avión a Boston, llamé a mi amigo, el director del Instituto Federal de Estadísticas, quien me señaló que el índice inflacionario de abril, sobre una base calculada mes a mes, fue de un 2,9 por ciento. Personalmente, al menos, tengo la esperanza de que llegaremos a ser el primer país de toda la Europa central y oriental que logre controlar la inflación. Y espero que no haya ningún otro salto dramático en los precios, como ocurrió en enero. Se trata, en efecto, de un hecho muy importante. Y espero que tendremos éxito, pues necesitamos el apoyo de la población. La inflación es el peor enemigo público, tanto en este país como en la Europa central.

El tercer pilar del proceso de transformación llevado a cabo en Checoslovaquia es la apertura de la economía local al resto del mundo. La liberalización de los precios ha ido acompañada de ciertas medidas similares en nuestra política económica exterior, donde se han introducido importantes cambios en la normativa legal e institucional. El comercio exterior ha sido prácticamente liberalizado. La convertibilidad interna de la corona checoslovaca —denominada en ocasiones convertibilidad “residente”—

fue promulgada en la fecha señalada, el 1 de enero de 1991. Al devaluar la moneda a fines de diciembre del año pasado, esperamos haber dado con un tipo de cambio defendible. Y esperamos que el tipo de cambio elegido sea el ancla para toda la estructura y nivel de precios en el futuro. Una vez más, he de decir que los resultados iniciales son decididamente positivos y alentadores. Tales cambios han limitado considerablemente la intervención estatal, potenciando de manera sistemática el libre accionar de las empresas checoslovacas en las operaciones de comercio exterior, y a la vez potenciando la libertad de movimientos de las empresas extranjeras en el mercado checoslovaco. Por tanto, ésta es la tercera piedra de toque de nuestra estrategia económica radical, implementada en el curso de este año y, en parte, el año pasado.

He mencionado ya el cuarto pilar, igualmente crucial, de nuestra estrategia de reformas, consistente en una política monetaria y fiscal muy cauta, muy conservadora y muy restrictiva. Se nos acusa con frecuencia de ser los monetaristas de Checoslovaquia. A mí personalmente se me ha acusado de ser el Milton Friedman de Checoslovaquia, por introducir políticas monetarias y fiscales sumamente restrictivas, y por hacer hincapié en que el enemigo público número uno es la inflación y no el desempleo. Así que la discusión no es la misma en ambos lados del Atlántico. Iniciamos la reforma con un índice de crecimiento de la oferta monetaria nominal para 1990 prácticamente igual a cero —lo cual implicaba un índice de crecimiento negativo de la oferta monetaria real—, y con una política monetaria muy cautelosa (hoy se nos dice que tal vez fue en exceso cautelosa) en 1991. La política fiscal, mi política fiscal entre 1990 y 1991, se basó en algo único en esta parte del globo: en un presupuesto fiscal equilibrado, en el financiamiento no-deficitario. A este respecto, y aunque parezca irónico, somos probablemente el único país en el mundo que no tiene problemas con el Fondo Monetario Internacional (FMI), pues nuestras propias recetas políticas son con toda probabilidad más duras que la medicina que el FMI intenta prescribirnos.

En materia de política fiscal, tengo una historia personal que contar. Fui nombrado Ministro de Hacienda el 10 de diciembre de 1989 y llegué por casualidad a mi nuevo despacho el 11 de ese mes, ocasión en la que descubrí sobre el escritorio un gran legajo con el título de “El presupuesto fiscal de Checoslovaquia para 1990”, que supuestamente yo mismo debía presentar al Parlamento el miércoles. Era un lunes y se esperaba que yo presentara el presupuesto fiscal para 1990 ese miércoles, el cual incluía ciertamente una infinidad de ítemes deficitarios y subsidios. Así que no me molesté siquiera en leer el documento. Llegué al Parlamento y anuncié el

presupuesto provisorio para los tres primeros meses de 1990, comprometiéndome a presentar en marzo un nuevo presupuesto para el resto del año Y conseguimos verdaderamente cambiar, de manera radical, el clima macroeconómico reinante hasta allí en Checoslovaquia, mediante políticas monetarias restrictivas, mediante un presupuesto fiscal equilibrado, que constituye un cambio relevante y decisivo. No cabe duda que vivíamos, como bien lo saben ustedes, en una economía con sobre-demanda. Un rasgo permanente de toda economía centralmente planificada consiste en que la demanda sobrepasará siempre a la oferta. Y había, por tanto, una falta endémica de todos los bienes y mercaderías. Incluso dentro de la tradición checoslovaca (y fuimos más cautos que otros países de la región), con nuestras políticas restrictivas del año pasado y este año, y con la liberalización de los precios, cambiamos absolutamente el clima reinante y nacimos repentinamente a un mundo absolutamente nuevo, a un mundo en que había un exceso de oferta.

Es una experiencia absolutamente nueva para todos los ciudadanos de Checoslovaquia y es, verdaderamente, un cambio dramático. Estamos bajo una tremenda presión, ahora mismo, para que nos volvamos algo menos restrictivos, para que introduzcamos ciertas medidas políticas expansivas de inspiración keynesiana. Los economistas keynesianos en este país [Estados Unidos] nos aconsejan que lo hagamos. Personalmente, estoy convencido de que debemos mantener nuestras políticas restrictivas, por tres razones fundamentales. Nuestra primera prioridad es la de detener la inflación de carácter amenazante. La segunda es que sabemos que la reacción del lado de la oferta es y será durante algún tiempo más bien modesta. En una economía aún sin privatizar, no nos cabe esperar una reacción positiva de la oferta, y sabemos que las políticas monetaria y fiscal de signo expansivo se reflejarían en los precios y en una mayor inflación y no en un crecimiento de la producción. La curva de la oferta agregada, en la terminología económica, es muy empinada y su posición no es muy buena. La tercera razón de nuestra política restrictiva, de eliminar todos los subsidios, obedece a la necesidad de expulsar los segmentos más ineficientes de nuestra economía, eliminando la que yo denominaría “demanda artificial”, basada en el gasto estatal del pasado. Así pues, no queremos, en definitiva, seguir estimulando aquellas actividades económicas espurias e ineficientes. En síntesis, los cuatro pilares fundamentales o piedras angulares de nuestra estrategia de reforma —la privatización, la liberalización de los precios, la convertibilidad de la moneda y las políticas macroeconómicas razonables, racionales y restrictivas— son el paquete de

reformas que introdujimos y estamos intentando aplicar hoy en Checoslovaquia.

Quisiera, por último, señalar un par de cosas respecto a las lecciones extraídas en el último año y medio. Me suelen preguntar si he de modificar en el proceso descrito alguno de mis supuestos, mis prejuicios e ideas previos, iniciales, vale decir, si aprendí algo en el proceso. Aprendí mucho, sin duda, pero debo decir que nuestra política ha permanecido intacta, que nos hemos ceñido estrictamente a nuestra estrategia de reforma original y que no pensamos cambiarla, o hacerla más gradual, para iniciar algún tipo de reforma al estilo de la *perestroika* o algo parecido.

Lo que aprendí es algo que debí haber previsto, pero he de admitir que me atuve a los dogmas de la teoría económica y de la doctrina económica racionalista. En mis discursos del año pasado prediqué con suma frecuencia que lo crucial dentro de la reforma económica era la secuencialidad. Los textos de economía consideran que en el ordenamiento secuencial de las diversas medidas estriba el verdadero arte de la reforma. Ahora comprendo que todo ello era una concepción pseudorracionalista y tecnocrática equivocada. Ocurre simplemente que no estamos en posición de determinar el ritmo y la secuencia de las reformas, ni somos capaces de definir la sintonía precisa (*fine tuning*) del proceso de reformas. Es tan erróneo, y tan engañoso, como la pretensión de sintonizar finamente (*fine tune*) la economía. Ocurre sencillamente que no hay nadie sentado en las alturas pulsando botones para resolver las cosas (“ahora la medida número uno; ahora la número dos; ahora la tres...”), nadie que dicte la velocidad y la secuencia de una transformación económica radical. La realidad es muy distinta. No vivimos bajo un régimen totalitario. No hay un dictador que pueda imponer directrices o dar órdenes de esa índole. Y hemos de aceptar sencillamente esa realidad, en virtud de lo cual la reforma va como va. Probablemente no pueda acelerársela y tampoco debiera refrenársela aminorando su ritmo. Pero una vez más, como en otros campos de la actividad humana, no tenemos el control de ciertos procesos sociales tan complejos como la transformación política, social y económica, que cuenta con su propia dinámica y se ciñe a sus propias reglas. Al respecto, he de admitir hildalgamente que yo mismo prediqué el arte del “ordenamiento secuencial” el año pasado, y que éste es, con toda probabilidad, el cambio más relevante que ha experimentado mi pensamiento a contar de entonces.

Espero que el sistema político checoslovaco respalde la transformación económica requerida. El Foro Cívico, la fuerza política dominante hoy en Checoslovaquia, que se gestó en la “Revolución de Terciopelo” en noviembre de 1989 y fuera un paraguas organizativo que sólo pretendía abarcar y reunir a múltiples agrupaciones políticas, ha dejado de existir y se dividió en dos facciones: un partido de tendencia izquierdista que ha adoptado la denominación de “liberal” —he de decir, muy a mi pesar, que